

26 de enero de 2022 - Solemnidad de los Santos Fundadores del Cister

Si 44, 1.10-15; Heb 11, 1-2. 8-13a; Marcos 10, 24b-30

Homilía

Las comunidades pertenecientes a la Orden del Císter celebran hoy la Solemnidad de los tres Fundadores del Cister - y por tanto de la Orden del Císter.

El texto del Libro de Ben Sirac el Sabio, que hemos escuchado como primera lectura de esta celebración eucarística, nos invita a recordar a estas gloriosas figuras que son nuestros antepasados. Roberto, Alberico, Esteban y sus compañeros, que fueron los fundadores de Cister, son nuestros antepasados en la vida monástica. Fue a través de ellos que la visión particular de la vida monástica que encontró expresión en el primer Cister se transmitió a las generaciones posteriores y ha llegado hasta nosotros.

La expansión rápida y bastante fenomenal de Cister en las primeras décadas de su existencia se atribuye generalmente al carisma de San Bernardo y al gran número de vocaciones. Por supuesto, hay mucha verdad en esta afirmación; pero también se puede considerar que el éxito de todas las primeras fundaciones cistercienses, y el de Claraval en particular, es un tributo a la calidad de la formación que todos estos jóvenes reclutas recibieron en los monasterios cistercienses cuando entraron en ellos. El joven caballero Bernardo, inquieto y un poco caprichoso, nunca se habría convertido en San Bernardo si no hubiera tenido tales maestros.

Cuando Bernardo y sus jóvenes compañeros entraron en Cister, no encontraron ciertamente un programa de formación bien estructurado con una serie de cursos y una lista de profesores. No se les dio una lista de libros para leer y exámenes para preparar o trabajos para escribir. Encontraron una comunidad. Esta comunidad era pequeña, incluso muy pequeña para los estándares de la época. La mayoría de los monjes eran viejos; Roberto tenía más de 70 años; Esteban y Alberico no eran mucho más jóvenes. No encontraron un programa de formación, sino unos cuantos monjes formados por la Palabra de Dios y una larga experiencia de vida monástica, y capaces de transmitir los valores que les hicieron vivir.

El diálogo de Jesús con sus discípulos, que acabamos de escuchar en la lectura del Evangelio, sigue al que acababa de mantener con el joven rico que le había preguntado qué tenía que hacer para tener la vida eterna. Jesús había recordado al joven los principales mandamientos de la Ley y éste le había contestado que los había

practicado desde su juventud. Entonces, Jesús lo miró con ternura: "Jesús volvió a mirarlo y se sintió conmovido por su amor", escribe Marcos. Le llamó al desprendimiento radical de su riqueza y el joven se marchó triste. La mirada de Jesús -que primero había estado en el joven rico- se desplaza entonces a todos los que le rodean y comenta: "*¡Qué difícil será para los que tienen riquezas entrar en el reino de Dios!*" A continuación, Jesús repite a los desconcertados discípulos, esta vez de forma más absoluta: "*Qué difícil es entrar en el reino de Dios*", y utiliza la imagen muy sugerente del camello que tiene que pasar por el ojo de una aguja.

A continuación, Jesús mira a sus discípulos [es la tercera vez que se menciona su "mirada" desde el principio de la narración] y les revela el mensaje central de esta historia: "*Para los hombres es imposible, pero no para Dios: porque todo es posible para Dios*". Es muy importante señalar que es precisamente en este contexto en el que cada uno de los tres evangelios sinópticos sitúa la promesa del céntuplo, hecha por Jesús a los que lo han dejado todo para seguirle. El mensaje es que todo es gracia; todo es obra de Dios. Una vida de desprendimiento y pobreza radical, por muy generosa y genuina que sea, no puede merecer la vida eterna. Todo es gracia. Si hemos respondido a la llamada de Dios y hemos venido al monasterio, y si somos fieles a nuestros compromisos monásticos, sólo hay una explicación; es que "todo es posible para Dios".

Y siempre que experimentemos momentos difíciles, tanto en nuestro camino comunitario como en nuestra vocación personal, recordemos esta verdad: "todo es posible para Dios".

Armand Veilleux